

ponía furiosa. — ¿Qué es lo que hay entre los dos?

Al oír esta pregunta irguióse Jorge.

¿Qué había? ¡Y se lo preguntaba!

Era una revancha; los Rouévres habían perdido á su madre y el hijo les devolvía la deshonra.

¿Podía olvidar el largo y cruento martirio del Almirante?

El honor, sin embargo, reñía aún su última batalla, y de allí nacían las dudas de Jorge.

Era éste demasiado caballero y digno para decir brutalmente de buenas á primeras á la joven, á la que había amado, y que con acento quejumbroso le imploraba, *¡sálvame!* que la dejaba abandonada á su suerte.

Habíanse acercado lentamente al mar, y las olas deshacíanse blandamente á sus pies.

Jorge estaba quizás dispuesto á ceder, pues era demasiado débil y generoso para destrozar un corazón cuya inmensa desesperación comprendía fácilmente; pero en el mismo momento en que iba á dejarse arrastrar por ese impulso de generosidad, vió al duque de Rouévres que se dirigía hacia donde ellos estaban con la ligereza y el aspecto de un joven; traje claro, una rosa en el ojal de la americana y un delgado bastoncillo en la mano.

Al verle apoderóse otra vez la cólera de Jorge.

— Viene gente, dijo.

— Elena bajó la cabeza.

— Esta noche os enviaré una carta.

Mientras tanto el Duque se acercaba.

— Queréis escribirme, — dijo Elena, — porque no os atrevéis á decirme una palabra. ¡Qué infamia!

— El mundo está lleno de ellas.

Estremecióse Elena porque el dardo dió en carne viva.

Saludó Jorge al Duque con su acostumbrada cortesía, dió algunos pasos en su compañía por la playa, pretextó la hora y se alejó dejándole con Elena.

— ¡Ah! ¡Qué desgraciada soy, querido tío!

— ¿Se niega?

— Vacila al menos; ¡todo está perdido!

— ¡Aún no! — contestó el Duque de Rouévres. — Esperemos, y después de todo, ¿qué daño causaría si no se casase?

— ¿Y si yo estuviese enamorada de él?

— ¡Juventud! — exclamó jovialmente el Duque. — Ahí tienes tus debilidades. — Inclínóse hacia su sobrina y en voz baja añadió: — ¡Y yo que te creía más fuerte!

Elena sólo respondió con un suspiro.

## XIX

El marqués Roberto de Breynes era un hombre de acción y de esos que una vez concebido un proyecto no tardan mucho en ponerlo en práctica.



Después de separarse de Jorge de Kerhoët, dirigióse á la administración de correos á recoger sus cartas, y en ellas encontró, como de costumbre, muchas amenazas y reclamaciones. Terminado el examen de su correspondencia, se apresuró para llegar á la aldea, empleando unos veinte minutos en el camino.

—¿Queréis hacerme el favor de decir donde vive el doctor Montel?—preguntó á un aldeano.

—¡El doctor Montel! Ahí enfrente, precisamente estáis muy cerca.

—Gracias.

Reconoció, efectivamente, Roberto de Breynes los rosales de que le hablara Jorge.

La puerta de la casa hallábase abierta. Después de unos cuantos minutos, decidióse el Marqués á entrar, creyendo que el amo de la casa no debía estar muy lejos.

—¡Eh! ¿No hay nadie?—preguntó.

No le respondió nadie y se orientó.

El mobiliario del vestíbulo, con el que tenía comunicación por una puerta entreabierta un despacho, el del Médico, reducíase á unos cuantos bancos de encina.

Volvióse hacia el despacho y se le figuró que oía un gemido, y creyó que sería de algún enfermo que estaba en la consulta; sin embargo, no oyó rumor de voces ni se repitió aquella queja.

Breyne podía considerarse como el amo de aquella casa, en la que sólo se oía el zumbido de las moscas, y cansado de esperar,

decidióse á llamar, y al observar que no recibía ninguna contestación, abrió la puerta de par en par.

En un sillón de elevado respaldo, hallábase el Médico presa de fuerte estertor.

Delante de él, y encima de la mesa, veíase un pliego de papel blanco, en el que la frescura de la tinta probaban que un ataque había sorprendido al Médico hacía muy poco. Al lado del papel había un sobre que decía:

*Para que se lo entreguen á la señora Condesa de Kerhoët después de mi muerte.*

Inclinóse el Marqués, y las primeras palabras que leyó en el papel llamáronle la atención de una manera extraordinaria:

*Esta es mi confesión y mi testamento.*

El Marqués abrió desmesuradamente los ojos. Dirigió una mirada oblicua al moribundo, al que no hizo caso ni socorrió, y se enteró con avidez del contenido del documento.

*Presiento, decía el Médico, que me quedan muy pocos días de vida, y no quiero morir sin borrar antes una grave falta, la única de que soy culpable en esta vida; es casi un crimen cometido contando con la complicidad de uno de los hombres más dignos y respetados en su país: con la del conde Jacobo de Kerhoët.*

*Para obrar de ese modo, el Almirante podía alegar en su favor una atenuación, yo no puedo presentar ninguna.*

*En la noche del 27 de marzo de 1858, ocu-*



rrió en el castillo de Morville un trágico acontecimiento.

La condesa de Kerhoët, que estaba en cinta, dió á luz, rodeada del mayor misterio, una niña, fruto de unos amores adúlteros, y esto ocurrió durante una larga ausencia de su esposo. ¿Por qué medios se enteró el Almirante del estado en que se hallaba su esposa? Eso es lo que no sé ni supe jamás.

El conde de Kerhoët, Capitán de fragata á la sazón, desembarcó en Bret, cuando nadie le esperaba, y á las pocas horas se presentó en mi casa suplicándome que le ayudase para llevar á cabo un cambio, que en su concepto constituía su venganza y un castigo.

Era entonces Jacobo de Kerhoët mi mejor amigo, y continuó siéndolo aún y tuve la debilidad de acceder á sus instancias.

Un ruido casi imperceptible llamó la atención del Marqués.

Volvióse y vió con terror que el moribundo fijaba en él sus miradas. En vano se movieron los labios del Médico, porque de ellos no salió ningún sonido articulado, y no obstante, figurósele al Marqués que oyó con toda claridad una sola palabra:

—¡Ladrón!

Hizo el moribundo un esfuerzo desesperado y se levantó para defenderse; pero el Marqués le obligó á sentarse en el sillón, en el que cayó inerte.

Y sin hacer caso del Médico acercóse á una ventana y continuó su obra.

Media hora antes de que ocurriese esto en el castillo de Morville, una pobre joven, vendedora del Mercado de París, Teresa Godin, engañada y abandonada por un hombre indigno que la deshonró, dió á luz, en la casa de sus padres en donde se había refugiado, una niña.

Contando con el auxilio de la madre de Teresa, sometida por completo á la voluntad del conde de Kerhoët, y que más tarde murió llevándose su secreto á la fosa, cambiamos el Conde y yo las dos niñas de Morville, en el cuarto tocador de la Condesa. Por esta causa la condesa de Kerhoët crió y educó á la hija de Teresa Godin, de la pobre pescadera del Mercado, que vive aun, y Teresa á la hija de la Condesa.

Esta llámase Rosa Godin, vive con la mujer á la que considera como su madre en la calle de Mondetour en una de las habitaciones más humildes y baratas. La hija de Teresa Godin recibió en cambio todos los cuidados de la Condesa después de haberla yo presentado en el registro de la Alcaldía de Touque el 28 de marzo de 1858 como hija de padres desconocidos, y manifestándole que debía ponerse los nombres de Marta María.

Hasta hoy el Almirante y yo somos los únicos depositarios de ese secreto. Ignoro cuáles son sus proyectos, y le suplico que me perdone la revelación de ese secreto que hago al borde de la tumba, rogándole no olvide que su acción no turbó en lo más mínimo la profunda estimación y el cariño sin límites que siempre le profesé.

Habíamle ofendido, y obrando como Juez en su familia, escogió el castigo que le sugirió su



*justa indignacion, pero yo no tengo esa disculpa y no puedo comparecer ante el Tribunal de Dios sin reparar el daño que causé á una criatura que es irresponsable de la falta que cometiera su madre. Declaro solemnemente que Rosa Godin es la hija de la condesa de Kerhoët, que nació en Morville la noche del 27 de marzo de 1858.*

*Declaro, además, que soy culpable por haber llevado á cabo la sustitución con que salió tan perjudicada, y que el remordimiento que eso me causa es lo que abrevia mi vida.*

*Ruégola que me perdone, y para indemnizarla en cuanto está á mi alcance, la dejo todos mis bienes lamentando mucho no poder proporcionarla con ellos más que una honrosa medianía, asegurándola que los pobres fueron los que más participación tuvieron en mis rentas. La recomiendo á mi anciana criada suplicándola no la abandone.*

*Confío en que Dios, teniendo en cuenta el bien que hice á cuantos me rodeaban, tendrá compasión de mí.*

A esta declaración hecha en una hoja separada sujeta á la otra con un alfiler, había añadido el moribundo algunas palabras.

*Instituyo por mi única heredera á Rosa Godin, hija de Teresa, y que vive con su madre en París en la calle de Mondetour.*

*Esta es mi última voluntad, en fe, la que sello, y firmo la presente en mi casa de Touque á 2 de agosto de 1878.*

DOCTOR ANTONIO MONTEL.

La letra con que el Médico escribió ambos documentos era clara, y el papel tenía el sello en seco con que acostumbraba á timbrar sus recetas.

Al terminar el Marqués el examen de los documentos, exhaló el Médico su último suspiro.

Aseguróse el Marqués de la autenticidad de esos documentos, y una vez hecho esto, metiéndolos en el sobre que les estaba destinado, guardándolo todo con mucho cuidado en su cartera. El único testigo que había presenciado aquel robo no podía hablar.

Empezó en seguida una procesión de habitantes de la aldea y una serie de lamentos.

—¡Pobre señor!

—¡Quién lo había de decir!

—¡Lo que somos!

—¡Y qué bueno era!

—Un hombre que parecía que no se había de morir.

Y no faltó, como siempre, el profeta de desgracias que lo tiene previsto todo.

—Bien lo decía yo que no había hombre para mucho tiempo.

—Sí, trabajaba mucho, importándole tan poco el mal tiempo como el bueno.

—No era tan viejo; no había cumplido aún los sesenta años.

—De todos modos es una pérdida.

—Sí, es verdad; era un Médico hábil como pocos, y muy cariñoso con los pobres.

—Dicen que era un sabio, por más que nosotros no somos quién para juzgarle.



—¡Buena herencia deja!

—¿A quién, si no se le conoce ningún paciente?

Al Doctor queríanle todos mucho, y no existía en los alrededores ninguna familia que no se honrase con su amistad.

El Marqués procuró marcharse en seguida después de hacer todo lo posible para demostrar que no había podido socorrer al pobre enfermo.

La criada del Médico lamentábase diciendo que se había visto obligada á marchar á Trouville para hacer sus compras, y que no se consolaría jamás de lo que había ocurrido.

Rosa Godin era hija de la condesa de Kerhoët, había nacido durante su matrimonio sin que el marido negase judicialmente la paternidad; tenía, por tanto, los mismos derechos que un hijo legítimo, debiendo, además, restituírsela su estado civil y participar con su hermano y con los mismos títulos que éste de los bienes de la familia.

Al llegar el Marqués á las puertas de Trouville cruzóse con Jorge de Kerhoët que regresaba á Morville, y le manifestó en pocas palabras cuanto acababa de suceder.

—Mi padre lo vá á sentir mucho,—contestó Jorge,—porque quería como á un hermano al doctor Montel.

Separáronse, y Breynes, por fórmula, dióle antes algunas palabras de consuelo que en él equivalían á lágrimas de cocodrilo. Llevaba en el bolsillo la prueba de esa amistad del Almirante con el Médico.

—Y ahora,—pensó dirigiéndose á sí mismo ese apóstrofe mental,—si no eres un tonto puedes decir, amigo mío, que tienes la fortuna entre tus manos.

En el mismo correo que llevó al Marqués las numerosas cartas con reclamaciones de sus acreedores fue otra dirigida al almirante Kerhoët. El sobre demostraba que procedía de una mano femenil. Llevóla á su amo Noël Trediou. Era el único criado que no se separaba jamás del Almirante.

Rompió el Almirante el sobre, y mientras su amo leía la carta, permaneció Trediou á dos pasos de él en una actitud á la vez familiar y respetuosa. Hacía veinte años que el marinero estaba á las órdenes del Almirante por el que habriase dejado hacer pedazos.

La carta era muy expresiva no obstante su sencillez.

*Señor Conde.*

*Hace algún tiempo que la madre de esa joven hállase molestanda por los ataques de una enfermedad de consunción; cada día que pasa pierde más. Rosa está ahora sola en París con Anita, esa niña á la que, como sabéis, recogieron de limosna. La madre marchóse á pasar unos días en Argenteuil, á casa de unos hortelanos para ver si allí se repone un poco.*

*Rosa es muy prudente, pero creo que será hora de tomar una resolución, es una criatura hermosísima, no lo ignoráis, y bien vestida dudo que se encontrasen muchas que se la pareciesen, ni aun entre la sociedad más elevada.*



*Sé de lo que soy capaz; pues bien, señor Conde. en un abrir y cerrar de ojos, me comprometo á convertirla en una señora, sin más que veinte metros de tela. Es de temer que, por más que sea muy honrada y altiva, se deje arrastrar algún día por la tentación, porque son muchos los que la solicitan. Las ventas no marchan tampoco como fuera de desear; á pesar de la vida modesta que hacen: no tienen ahorros, sino todo lo contrario; me consta.*

*Esto es todo lo que puedo deciros por ahora. Si ocurre algo extraordinario procuraré informaros inmediatamente y vuelvo á repetir que me parece muy conveniente que os decidáis si es que tenéis algún proyecto respecto á esa joven. Vuestra servidora,*

FLORENCIA CARPIQUEL.

—Está bien,—le dijo el Almirante,—puedes marcharte.

Quedóse solo y muy pensativo.

—Tiene razón Florencia,—murmuró,—es preciso obrar.

Encaminóse hacia la casa, y entrándose en su despacho le preparó todo para ponerse á escribir.

Apoyada la cabeza en las palmas de las manos meditaba el Almirante en cuál sería la mejor determinación que podía tomar, y en el momento en que levantó la cabeza vió á la Condesa parada en el umbral de la puerta, y que tenía los ojos enrojecidos, é hizo un movimiento para retirarse, pero la Con-

desa extendió la mano con un gesto suplicante.

—Os ruego que os quedéis,—dijo al mismo tiempo.

Era la primera vez que en los veinte años transcurridos hacia una súplica á su esposo.

—¿Qué deseáis?—preguntó éste.

—Hablaros.

—Decid lo que queráis.

Cerró la puerta la Condesa con mucho cuidado y se acercó á su marido, que le indicó con la mano que se sentase.

—Os escucho,—dijo.

—¡Ah!—exclamó Valentina furiosa contra sí misma.—Hace tanto tiempo que no nos hablamos, que no sé qué deciros.

—Tranquilizáos.

—Estáis jugando con mi turbación; comprendéis que sufro mucho y gozáis; creo, sin embargo, que tantos años de sufrimientos debían haber amortiguado vuestros resentimientos, justos, sin duda.

—¿A qué sufrimientos os referís?

—¡No disimulemos más!—replicó Valentina animándose.—¡Ese es un juego indigno de vos y de mí! Desde hace veinte años que no tenéis para mí ni una palabra amistosa.

—¿Os quejáis?

—No me quejo ni recrimino á nadie.

—Pues entonces...

—Ya os lo dije; sufro, y esa es la verdad.

—¿Sufris? ¿Y de qué?

—De vuestro abandono y desdenes.

—No os desprecio, Valentina; si os des-